

REFLEXIONES PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO 11 de junio de 2023

El Monte ~ La Residencia en Littledale

"Acuérdate del largo camino por el que te ha conducido el Señor, tu Dios" (Dt 8,2). Con estas palabras, Moisés se dirige al pueblo de Israel mientras espera junto al río Jordán antes de su entrada en la Tierra Prometida. Este recuerdo especial trata del "maná" (derivado del hebreo "manhu" - "¿qué es?"), el misterioso alimento que sus antepasados no conocían pero que Dios les había proporcionado mientras vagaban por el desierto. Este maná fue el "pan" que los sostuvo hasta que llegaron a la Tierra Prometida. Los rabinos Yonatan Neril y Leo Dee señalan que el maná es realmente un alimento ecológico: "Descendía en porciones medidas, por lo que los israelitas no podían comerlo en exceso. El maná era similar a las plantas y se comía crudo, sin necesidad de cocción que a menudo elimina las vitaminas esenciales. El maná se recogía localmente, por lo que no requería transporte y almacenamiento a larga distancia".



**Recogida del maná,
Tissot**

La lectura del Deuteronomio inicia hoy la Liturgia de la Palabra, llamándonos a todos a recordar el largo camino por el que Dios nos ha conducido desde que nuestros antepasados, el pueblo de Israel, recibieron alimento en sus años de desierto, hasta que Jesús camina por la Tierra y nos muestra que es el pan de vida, hasta nuestro propio nacimiento, hasta este momento. Toda celebración de la Eucaristía es memoria, no simplemente para recordar el pasado, sino memoria para alimentar nuestro presente y darnos confianza al caminar hacia nuestro futuro.

El maná, por su propio nombre, es misterioso en sus orígenes e incluso en su presentación, pero no hay duda de que da de comer al hambriento pueblo de Israel durante sus cuarenta años en el desierto. Dios también da al pueblo "agua que mana de la roca de pedernal" (Dt 8, 15). Moisés recuerda al pueblo que, aunque la comida y el agua son esenciales, no bastan para garantizar una buena vida. En la tradición judía, el maná se convierte en el símbolo del don que Dios da para asegurar una buena vida, el don de la Torá (la expresión judía de la Palabra de Dios revelada en los cinco primeros libros de las Escrituras y el camino para vivir una vida plena). El jesuita Dennis Hamm escribe: "¿En qué se parecía al maná la palabra de Dios en la Torá? El espíritu humano está hambriento de la sabiduría de cómo vivir según la voluntad de Dios, de saber en qué creer y cómo actuar para encontrar la paz con Dios. La Torá, la auto-revelación del ser y la voluntad de Dios, es por tanto verdaderamente el pan en el desierto". El agua también se utilizaba como metáfora de la Torá. En palabras de los rabinos, "el agua representa en realidad la Torá, como dice Isaías 55,1: 'Eh, todos los sedientos, venid a por agua.'"



Jesús y sus discípulos conocían estas tradiciones. Por eso no es de extrañar que, en el Evangelio de Juan, Jesús diga a sus discípulos: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo daré por la vida del mundo es mi carne" (Jn 6, 51). En el capítulo 4 del Evangelio de Juan, Jesús habla también a la samaritana del agua viva: "Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás. El agua que yo les daré se convertirá en un manantial de agua que brotará hasta la vida eterna" (Jn 4, 13-14).

Antes del Concilio Vaticano II, además del Jueves Santo, había no una, sino dos fiestas para celebrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo: la fiesta del Corpus Christi (el jueves después del domingo de la Trinidad) y la fiesta de la Preciosa Sangre (el 1 de julio). La liturgia transformada a raíz del Concilio Vaticano II integró las dos fiestas y rebautizó el día como Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. También permitió que la celebración se trasladara del jueves siguiente al Domingo de la Trinidad al primer domingo después del Domingo de la Trinidad. Perú ha mantenido la celebración del jueves, mientras que Canadá ha pasado a la celebración del domingo.



Muchos de nosotros, de generaciones más antiguas, celebramos nuestra primera "Santa Comunión" en la fiesta del Corpus Christi. Poco sabíamos entonces que la "Comunión" estaría en el corazón de nuestra comprensión emergente del Cuerpo y la Sangre de Cristo hoy. La biblista Dianne Bergant csa lo dice sucintamente: "Cuando comemos, incorporamos nuestro alimento a nosotros mismos. Lo contrario ocurre con la Eucaristía. Cuando participamos de ese pan, nos transformamos en él". Esa transformación es doble: (i) da un nuevo sentido de encarnación profunda -el pan y el vino son la presencia del mismo Señor que sufrió y murió por nosotros y sigue sufriendo con nosotros, y (ii) nos sobresalta para que reconozcamos la sagrada comunión de

toda la creación, un solo cuerpo en el que nos reverenciamos y cuidamos unos a otros (humanos y no humanos).

El estudioso del Antiguo Testamento Norman Habel describe así la "encarnación profunda": "Jesucristo, el Verbo de Dios, se encarna en un trozo de Tierra, una unidad biológica que está interconectada con toda la vida pasada y presente en este planeta. Este Dios, encarnado en la creación, experimenta un ciclo vital biológico normal, sufre como un ser humano y muere ignominiosamente en una cruz. Esta deidad encarnada sufre no sólo por los pecados que los humanos han cometido contra Dios, sino que también sufre con, por y como parte de la creación que se ha alienado a causa de los actos de violencia humanos".

Ron Rolheiser omi nos ofrece un vínculo directo entre el Jesús que sigue sufriendo con nosotros y la memoria que vivimos en la Eucaristía:

El único ritual que Cristo nos pide que repitamos una y otra vez es la Eucaristía. En ella le recordamos roto, derramado, vacío, desconsolado, asustado, humillado, vulnerable, angustiado. . . Tal vez nos haría bien a todos nosotros, de vez en cuando, cuando salimos de la Eucaristía, irnos, como hizo Jesús después de la primera Eucaristía, a un lugar solitario para tener una agonía en el huerto y sudar un poco de sangre mientras pedimos fuerzas para beber del verdadero cáliz: el cáliz de la vulnerabilidad. Ocasionalmente, cuando San Agustín entregaba la Eucaristía a un comulgante, en lugar de decir: "el cuerpo de Cristo", decía: "Recibe lo que eres".

La conciencia de ser uno dentro de la sagrada comunión de toda la creación está bellamente expresada en la carta de Pablo a los Corintios: "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso participación en la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es participación en el cuerpo de Cristo? Porque hay un solo pan, nosotros, que somos muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan" (1 Co 10,16-17). Es verdaderamente una "santa comunión", que se celebra



cada vez que participamos en la Eucaristía: el pan y el agua de la Palabra y el pan y el vino de la Eucaristía.

Veronica Lawson rsm nos enseña lo que significa este sentido de una santa comunión cuando el pan y el vino de nuestras celebraciones eucarísticas "se han convertido, en un sentido muy real aunque misterioso, en el cuerpo y la sangre de Cristo". Mientras reflexionamos sobre este misterio, arraigamos nuestra fe en una acción destinada a abordar el problema del hambre en el mundo y las circunstancias que impiden el acceso al "pan" para todos. La fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo nos invita a un consumo cuidadoso de los recursos del mundo para que todo el pueblo de Dios y todas las criaturas de Dios puedan tener vida". Steve Garnaas-Holmes envía el mismo mensaje en un poema-oración:

No somos cosas separadas, sino partes de un Ser vivo.
No estamos más separados
que los dedos de una mano,
las notas de un acorde, las palabras de una frase,
los sabores de un plato, las células de un cuerpo.
Formamos parte los unos de los otros;
somos los unos de los otros de distintas maneras.
Hay un cuerpo, y todos somos él.
Servimos a los pobres porque ellos son nosotros.
Amamos al extranjero porque en él nos conocemos
a nosotros mismos.
Nos ponemos del lado de los oprimidos
porque en ellos está nuestra sabiduría.
Honramos a los que son diferentes porque nos completan.
Respetamos a quienes nos horrorizan,
porque están dentro de nosotros.
Traemos al Otro a nuestra mesa:
es suya, porque nosotros somos suyos.
Los incluimos en nuestra compasión, porque los incluimos.
El Cristo que está en ti no está separado del Cristo
en los impuros, los leprosos, los drogadictos y los terroristas.
Vuestra elección puede ser diferente, pero el Espíritu es Uno.
Tú no eres el Uno, pero estás en el Uno.
Este es el misterio de la Santísima Trinidad, que en todo hay Uno.
Hay Uno de nosotros, y la unidad, el Uno, es Santo.



[Eucaristía](#)
Sieger Köder

Concluimos estas reflexiones con esta inquietante oración de la página web, *Pan para el Mundo*:

Señor, que tenga hambre suficiente para no olvidar el hambre del mundo.
Señor, que tenga hambre suficiente para tener pan que compartir.
Señor, que tenga hambre suficiente para anhelar el Pan del Cielo.
Señor, que tenga hambre suficiente para saciarme.
Pero, Señor, que no tenga tanta hambre
que busque lo que no es pan, ni intente vivir sólo de pan. Amén.

Comenzamos nuestra reflexión con la invitación de Moisés al pueblo de Israel a hacer memoria. En esta fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, invito a cada uno de nosotros a recordar nuestra primera Santa Comunión. Que ese recuerdo alimente nuestra vida actual en la conciencia de la maravilla de la encarnación profunda y en la gratitud por la alegría de ser uno en la sagrada comunión de toda la creación. ¡Qué bendición participar en la "Santa Comunión" en el rito y en la vida!



En la Cena Ecológica del Reino
Cerezo Barredo cmf